

Cuerpos hacia el no-lugar: una lectura de Lemebel a través de la teoría queer

GIMÉNEZ, Daniela

Eje: Figuraciones y paradojas de los cuerpos trans

Tipo de trabajo: ponencia

» *Palabras claves: cuerpo trans, Pedro Lemebel, teoría queer, placer, identidad.*

» **Resumen**

El presente trabajo indagará en los modos en que aparecen las representaciones del cuerpo trans en las crónicas de Pedro Lemebel, frente a la noción hegemónica de pensar un cuerpo cerrado, naturalizado y dicotómico, que delimita los parámetros de lo normal y lo anormal, así como también los espacios, hábitos y prácticas de lo femenino y lo masculino. Siguiendo la perspectiva de la teoría queer que señala, principalmente, la apertura de la corporalidad, la ruptura con la idea de identidad como proyecto absoluto y cerrado y la ubicación radical por fuera de las normas sociales, examinaremos cómo se construyen lxs sujetxs trans como corporalidades disidentes y de qué modo aparece la ambigüedad signada en la escritura. La apuesta del cuerpo trans no emerge únicamente, entonces, como modo de trascender los límites de la sexualidad, sino que propone desmontar los preceptos coercitivos que conlleva la identidad heteronormativa, a través de un continuo movimiento que la socava y la cuestiona. Entonces, veremos cómo este no-lugar se entrama en la propia escritura de las crónicas: Lemebel propone una desmesura de palabras para aquellxs sujetxs que la sociedad chilena intenta ocultar y homogeneizar como lo abyecto o lo invisible.

» **El placer más allá del hedonismo**

Frente a la concepción moderna del cuerpo cerrado, transparente e inteligible como un objeto de conocimiento posible de ser indagado¹, *las locas, los péndex, los hombres-machos* que deambulan por las

1 Podemos indicar un posible punto de partida tomando como referencia el trabajo de Foucault, *El nacimiento de la clínica* (2014). Allí propone que, a partir del siglo XVIII, se establece otro tipo de concepción ontológica de lo humano: el cuerpo se transforma en un objeto de conocimiento, y por ende, la medicina indaga de forma minuciosa la relación entre el cuerpo y la enfermedad, los síntomas y sus efectos, la muerte y sus causas. La clave reside, entonces, en el modo de ver: la mirada deja de ser descriptiva para

crónicas de Lemebel llevan sobre sí ciertos placeres y modos de vida que están en el límite de lo socialmente legítimo. En efecto, ¿cómo nominalizar a un cuerpo que rebasa los límites del adentro y del afuera, de lo masculino y femenino? O bien, ¿cómo pensar a un cuerpo que se orienta hacia deseos y placeres diferentes a los heteronormativos? A la luz de la teoría queer², estas corporalidades disidentes proponen la potencia de lo ambiguo, de lo no-resuelto, de lo que queda suspendido: se trata de la exploración de cuerpos que toman el estigma para permitir el ingreso de otra cosa, de otros sentidos y posibilidades. Por lo tanto, veremos cómo el cuerpo de las locas chilenas aparece, de forma deliberada, desorganizado y desorganizador.

En este sentido, la concepción del placer alegórico de Jameson es un punto de intersección con la teoría queer, pues el cuestionamiento sobre los modos del placer no se reducen al mero hedonismo individual o experimental con el cuerpo, sino que funcionan de manera más amplia, como un cuestionamiento de la categoría misma de identidad, de prácticas legitimadas o estigmatizadas, de lo perverso, etcétera. Si pensamos, entonces, en las preferencias sexuales -en continuo movimiento- de las locas, de los péndex o de los hombres-machos, ¿podremos decir algo sobre el orden social imperante? En fin, se trata de una revisión de la identidad como el proyecto moderno que organiza la sociedad, que asigna espacios, hábitos, ejercicios y jerarquías en base a la naturalización de la heterosexualidad, y de la correspondencia unidireccional entre sexo, género y deseo. Consecuentemente, visitar el placer es visitar el orden social imperante.

➤ ***Transformaciones en el cuerpo y en el lenguaje***

Hay algo en la figura de las locas chilenas que es del orden del exceso, que escapa a un decir llano, sencillo e inmediato. Esa figura que nadie ve, o mejor, a donde es menester no tornar la mirada, esconde un cuerpo erótico, deseado, pero, al mismo tiempo, peligroso y artificial. En este sentido, Butler nos dice que “considerar que la gramática aceptada es el mejor vehículo para exponer puntos de vista radicales sería un error, dadas las restricciones que la gramática misma exige al pensamiento; de hecho, a lo pensable” (2007: 22). Nuevas formas de inteligibilidad y nuevos modos del placer requieren otras formas de decir; por ende, cabe preguntarnos ¿cómo se pone en palabras un cuerpo deliberadamente incoherente? Lemebel se vale de una continua re-significación, de excesos de descripciones, de palabras que se niegan para caracterizar el cuerpo de las locas. Pues, de acuerdo a lo que propone Preciado, las palabras que giran en torno al cuerpo no son descriptivas, sino prescriptivas; es decir, no dan características de tal o cual órgano, sino que lo precisan y lo delimitan. Por lo tanto, las palabras

volverse fundante, pues, a partir de entonces, *ver es saber*. Consecuentemente, hay un mapeo de la corporalidad, una identificación del estado saludable o enfermo y una creciente incidencia de la medicina sobre el cuerpo social y su vida cotidiana. Sobre todo en el transcurso del siglo XIX, en el que la medicina y el discurso clínico se vuelven una fuerza indisoluble en la consolidación del estado-nación: el ejercicio del médico comienza a regir, deliberadamente, la vida del hombre y a identificar ciertos hábitos o estilos de vida como saludables o peligrosos.

² Recordemos que el término ‘queer’ en inglés significa lo anormal, lo extraño. Su origen se remite a un insulto, un estigma que ubicaba a ciertos cuerpos en los límites de lo legítimo y lo inteligible. Sin embargo, el activismo de ciertos colectivos -socialmente identificados como lo queer- tomó esta palabra como un modo de reivindicarse desde la oposición radical contra las instituciones y los modelos establecidos de subjetividad que los marginaban.

corporalizan, recortan, achican, agrandan, hacen cuerpos, son “prostéticas” (105).

En la crónica “La muerte de Madonna”, la loca posa desnuda en un video-arte de *Yeguas del apocalipsis* en el Museo Nacional de Bellas Artes. Pero, una táctica del artificio se devela, una ilusión óptica se rompe y genera una imagen insoportable y escandalosa que suscita la censura, aún en épocas de transición democrática:

Ocultando la vergüenza del miembro entre las nalgas. El candado chino del mundo travesti, que simula una vagina echándose el racimo para atrás. Una cirugía artesanal que a simple vista convence, que pasa por la timidez femenina de los muslos apretados. Pero a la larga, con tanto foco y calor, con ese narciso tibio a las puertas del meollo, el truco se suelta como un elástico nervioso, como un péndulo sorpresa que desborda la pose virginal, quedando registrado en video el fraude quirúrgico de la diosa. [...] Una y otra vez, el miembro reventaba la imagen. (2000: 34-36)

Cirugías artesanales, artificios caseros y endebles, tensiones entre lo femenino y lo masculino que habitan en el cuerpo de la Madonna de Chile: entre una pose que denota el pudor femenino y un truco que se devela y lo niega. Pero, de todos modos, erotiza, atrapa, seduce, aunque un resto y una desmesura la vuelve una imagen imposible de asimilar. El oxímoron, la convivencia de lo contrario, es un modo posible de aprehender el cuerpo trans, la ambigüedad de hombres no tan hombres, de mujeres no tan mujeres, de marcas del exceso, de tácticas del engaño. En la teatralización de los géneros, resuenan las palabras de Butler (2007) que señalan que la parodia travesti pone en evidencia el artificio de los géneros. En efecto, la performatividad como una repetición de actos discursivos más o menos inestables destruye la identidad heterosexual como original, natural o innata. El género no es, entonces, más que un *efecto* de verdad.

Retomando la cita, no sólo nos hallamos frente a un cuerpo incomprensible, desmesurado y artificial, sino que también nos topamos con *formas-otras* de nombrar a los órganos masculinos: “racimo”, “miembro”, “narciso tibio”. Incluso, en otra crónica también resuena la sugestiva fórmula de “gladiolos sexuales” (2004). Se trata de palabras que brotan para nombrar *eso* -el pene-; pero que, huyendo de las significaciones que *eso* trae aparejado, se fugan hacia otros sentidos. En efecto, la catacresis es una figura que permite re-nombrar y re-significar, ya que este órgano -en el cuerpo de las locas- manifiesta otra cosa: un pene no heterosexual, no patriarcal, no jerárquico. Los “gladiolos sexuales”, por lo tanto, intervienen en prácticas no heteronormativas, como la homosexualidad, relaciones no reproductivas, anales, masturbación, etcétera.

Entonces, los cuerpos en las crónicas lemebelianas no se señalan, de manera unívoca, como femeninos o masculinos, sino que hay todo un entramado, una mixtura de fragmentos: bocas, pubis, brazos, escroto, piernas, pezones. La sinécdoque es otro modo, además del oxímoron y la catacresis, de dar cuenta de estos cuerpos con la imposible ausencia de huella genérica. Lemebel no define un cuerpo preciso, no cita la lógica sexo/género, sino que nombra partes y las re-significa, como en el caso del órgano sexual masculino. En este sentido, Preciado discute con Butler los efectos materiales, imbuidos en el cuerpo, de la performatividad discursiva. La performatividad -incluso como aquellas palabras prescriptivas que se refieren al cuerpo- también es prostética, deja huellas en el cuerpo, lo delimita y transforma su materialidad. Mediante el oxímoron, la catacresis y la sinécdoque, Lemebel pone de relieve un cuerpo fragmentado y desorganizado; un “cuerpo parlante”, como propone el movimiento contra-

sexual³, que se lanza hacia una re-erotización de toda su materia, a ocupar todos los espacios de la enunciación y a negar rotundamente los roles de sujeto-masculino-penetrador o sujeto-femenino-penetrado.

Sin embargo, las características ambiguas y oscilantes no son exclusivas de las locas. Se asoman, por lo menos, dos personajes típicos que las rodean: el hombre-macho y el péndex. ¿Cómo definirlos de manera unívoca? Así como el cuerpo trans es un camino para el desvío masculino, que lo seduce y lo erotiza a pesar de las sospechas del exceso, el cine -en la crónica “Baba de caracol en terciopelo negro”- también emerge como un espacio para la bifurcación. Más allá del mero entretenimiento ante una película, Bruce Lee, como ideal cinéfilo del hombre viril que combate, lucha y mata de forma heroica, es re-apropiado en los rincones ocultos chilenos como un ícono de la pornografía. Leemos en la crónica la hipocresía de la sociedad chilena que ciega sus ojos ante los placeres marginales de sus hombres-machos-maridos-jefes de familia:

Lo que no se dice y nadie sabe, porque al fin de cuentas el sexo en estas sociedades pequeño burguesas sólo se ejercita tras la persiana de la convención. Nadie sabe de los suspiros nocturnos del macho, que en la mañana vocifera porque no encuentra la corbata. Nadie podría imaginar que ese tótem se deshoja como doncella en el momento del clímax [...] Ninguna esposa reconocería a su negrito en esas acrobacias. (2004: 15)

Entonces, el oxímoron también construye, en efecto, al “macho-tótem” que, al mismo tiempo “se deshoja como doncella”; que vive una suerte de pausa en la que, una vez consumada, volverá a reclamar su traje para ir al trabajo y retornar a la convención. Asimismo, el péndex emerge como un cuerpo oscilante: se trata de aquel joven inexperto que es atrapado -o por lo menos, tentado- por pasiones diferentes a las que la sociedad heteronormativa le impone. El péndex viene a ser ese cuerpo en construcción, a medio camino, que vacila ante las prácticas “inmorales” que irradia la figura de las locas. Ante todo, el péndex sugiere el problema del contagio, el riesgo que supone el contacto con el cuerpo ambivalente de la loca, en relación a la enfermedad o a la degeneración física y moral. Conviven en él la excitación de penetrar ese espacio prohibido, pero, al mismo tiempo, deviene rechazo, violencia y desprecio.

> ***¿Es posible pensar en una identidad trans?***

La oscilación de las locas no sólo se remite a la dimensión corporal, sino que también prolifera en relación a la identidad, al simulacro de los sobrenombres y la referencialidad. En miras del anti-esencialismo de la teoría queer, las locas de Lemebel no sólo presentan la apertura del cuerpo y la exhibición de los antagonismos o las costuras de una puesta en escena, sino también un gesto de ruptura constante en cuanto a la identidad. No sólo desbordan las etiquetas de hombre o mujer, sino que también

3 Preciado postula que todo cuerpo, toda materialidad es producto de tecnologías socio-políticas que lo “corporalizan” según el molde de la heterosexualidad, de la reproducción, de los fines productivos. La contra-sexualidad, entonces, deviene el estudio metódico de esas tecnologías para mostrar que no hay nada del cuerpo que responda a la naturaleza, a lo dado de modo original. Por eso, todos los cuerpos son considerados “post-operatorios”, esto es, que desde el nacimiento mismo están intervenidos y delineados.

se apropian de los parámetros e ideales de belleza u homosexualidad, principalmente provenientes de Estados Unidos. En el caso de los sobrenombres, la identidad aparece como un punto de fuga que agujerea y debilita la referencia hombre-mujer y la relación sexo/género:

Así, el asunto de los nombres no se arregla solamente con el femenino de Carlos; existe una gran alegoría barroca que empluma, enfiesta, traviste, disfraz, teatraliza o castiga la identidad a través del sobrenombre. [...] La poética del sobrenombre gay generalmente excede la identificación, desfigura el nombre, desborda los rasgos anotados en el registro civil. (2000: 55- 56)

Entre los rasgos, el nombre y la ley -proveniente del registro civil-, los modos de decirse son desmesurados, errantes, paródicos y deletéreos de esencias. No sólo se apropian de las grandes divas de Hollywood -nombres que, con el tiempo, se “homosexualizan”- sino también de las secuelas de la enfermedad, lo abyecto o lo deforme: desde “La Sara Montiel” o “La Lola Flores” hasta “de esos ojos miopes, un sueño de geisha. [...] De esas elefánticas orejas, un par de abanicos flamencos” (57-59). No obstante, no es una mera copia o traspaso de sentidos, sino que el sobrenombre demuestra una resignificación: la Madonna mapuche se apropia del “look” de la diva yanqui, sueña con actuar junto ella, reversiona el idioma en los “Míster, lovmi plis” (32). Hay, por lo tanto, una catacresis, una reformulación de los ideales de belleza, pues la Madonna de este lado del mundo es una diva aunque -a causa del SIDA que la aqueja- seduce a sus clientes sin pelos ni dientes.

Asimismo, las locas también oscilan y desbordan el espacio que contiene los límites establecidos como “identidad gay”, exportado desde Estados Unidos. En “Crónicas de Nueva York (El bar Stonewall)”, Lemebel finge sentir conmoción ante el espectáculo histórico -hito en la lucha homosexual neoyorquina-; su lejanía geográfica y social latinoamericana imprime sobre la solemnidad de aquel santuario una puesta en escena de la congoja. Frente a la virilidad y la extravagancia norteamericana, el cuerpo de la loca se siente ajeno, extrañado, con las marchas de lo chileno como diferencia sobre sí:

Y cómo te van a ver si uno es tan re fea y arrastra por el mundo su desnutrición de loca tercermundista. Cómo te van a dar pelota si uno lleva esta cara chilena asombrada frente a ese Olimpo de homosexuales potentes y bien comidos que te miran con asco, como diciéndote: te hacemos el favor de traerte, indiecita, a la catedral del orgullo gay. (2000: 64)

Entonces, como una fisura que resquebraja el constructo de la homosexualidad, resuena un “Porque tal vez lo gay es blanco” (ídem); entonces, la experiencia de la loca latinoamericana, frente a lo gay-estadounidense devenido en consumo, devenido en espectáculo, devenido en el mero beneplácito, se convierte en una postura mucho más radical y disruptiva. La mirada desde este lado del mundo es deliberadamente confrontativa: “vadeando los géneros binarios, escurriéndose de la postal sepia de la familia y sobre todo escamoteando la vigilancia del discurso” (114), esto es, rompiendo con la dicotomía hombre-mujer, con la familia como forma de organización social, con la reproducción, y -ante todo- con las palabras.

Consecuentemente, cabe preguntarnos si es posible el establecimiento de una identidad trans, o si la proliferación y la apertura podrían llegar a suspenderse si hablamos en términos singulares o referenciales. La oposición a los géneros binarios, como a los patrones de la belleza o a los modelos de la homosexualidad neoyorquina, no se reducen a una disputa discursiva en torno a la reivindicación de lo

queer como modo de oponerse al orden social imperante, trascendiendo las fronteras de la sexualidad. No basta, como propone Butler (2002) la apropiación del estigma y la reinversión, el cambio de la valencia negativa por la positiva -motivo de orgullo y reivindicación- como modo de impugnación del poder que le dio origen. El gesto de lo queer es más radical que una disputa discursiva; su potencia reside en la ubicación -imposible- por fuera del orden social, de la continuidad y la proliferación del futuro, de la identidad como proyecto teleológico, de las nociones del progreso. Edelman propone que, frente al futurismo reproductivo y la emergencia simbólica de *El Niño* como horizonte coercitivo, lxs sujetxs disidentes deben habitar el espacio por fuera, irrepresentable e impensable, de la negativa hacia el porvenir. Sin imaginar un mundo más inclusivo o equitativo, la *queeridad* se ubica en un no-lugar y decide, sin vacilar, no elegir el futuro, y por lo tanto, no elegir la propagación del orden social como tal.

› **A modo de cierre**

Una última escena cristaliza el mundo de las crónicas de Lemebel. Se trata de “Anacondas en el parque” (2004), que dispara imágenes de fragmentos de cuerpos dispersos. Un parque sitiado, espacios decorados y conservados como un “palacio de Versalles”, y en ese mismo territorio, entre la maleza -esa hierba de crecimiento informe, desproporcionado y caótico- cuerpos reptantes y deseantes de contacto, escabullidos en la opacidad, burlándose del ojo vigilante de la cámara. Como contracara, por la senda luminosa y visible, pasean dos que, enlazados hacia la unión civil, circulan plácidos ante la mirada pública. Abajo, por el suelo, escondidas, subyacen víboras que reptan entre pasiones divergentes, braguetas y gladiolos sexuales que apuran el encuentro ante el eco de una alarma policial. Sin embargo, frente al manto de tinieblas que envuelven a estos reptiles sedientos, las palabras de Lemebel brotan con toda la fuerza de la descripción minimalista, ampliando el foco en el detalle, en el contacto de la caricia. En el punto en donde la sociedad chilena no quiere observar, temerosa de voltear la mirada y ver caer todos sus bastiones morales, allí afloran, engordados de palabras, los reptiles y las culebras.

Errancia de cuerpos, de fragmentos, de partes. No podemos saber -ni tampoco importa- si son hombres o mujeres. La diferencia radica en la disposición entre lo válido y lo desechable, lo preciso y lo ambiguo. El cuerpo trans nos desafía a poder pensar más allá de lo pensable, a desmontar lo innato y natural de las relaciones de poder que nos moldean y nos subjetivizan -en apariencia- de una vez y para siempre. No obstante, ¿cuál es la posibilidad de una vida considerada invivible? En este sentido, irrumpe el cuerpo sin órganos de Deleuze y Guattari, que sugiere que entreabrir el cuerpo significa no sólo una desorganización deliberada, sino también una suspensión del sentido y de la subjetividad como aspectos anclados en la lógica, y por ende, en la productividad. El problema, dice Deleuze y Guattari, no son los órganos en sí mismos, sino el organismo que conduce, establece y regula de un modo naturalizado y único. Frente a los estratos que coartan, significan y proponen un yo estable y seguro, el CsO emerge como la posibilidad del caos, en búsqueda de los límites, de la fuerza de un espacio *entre*.

Sabemos que -como Preciado discute con Butler- no todo es efecto del discurso, hay una impronta violenta, segregadora que lastima, que estigmatiza y lastima al cuerpo trans, que lo niega y lo abandona. No obstante, ahí reside el gesto de lo queer: volviendo positivo lo anormal, lo amorfo, lo caótico y lo

ambiguo; en suma, abriendo las encorsetadas formas de percibir lo humano, desafiando lo inteligible, esbozando nuevas formas de existencia como confrontación deliberada a la hegemonía. Las locas de Lemebel hacen cuerpo este gesto queer. La Madonna en su versión mapuche, sin pelo ni dientes, canta y reversiona el mismísimo idioma con los “los tuyú, los miplís, los rimermber lovmi”. Mujeres no tan mujeres, hombres no tan hombres, niños no tan guardianes del futuro y el siempre proliferante exceso que emerge y suspende la armonía y la inteligibilidad. Allí, en esa irrupción, en ese desplazamiento desidentitario, en esa impronta latinoamericana y travesti, habita lo queer. Porque, además, más allá de la ceguera social, de los garrotes policiales y el espectro de la enfermedad, las locas jamás pierden el esplendor de las lentejuelas pegadas, restallando en su minifalda. Siempre taconeando bien fuerte contra el duro y frío suelo del barrio para que su paso sea escuchado hasta por los oídos más sordos.

> **Bibliografía**

- Butler, Judith (2002). Introducción y Acerca del término queer. En *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires, Paidós.
- (2007). Sujetos de sexo/género/deseo y Conclusión: de la parodia a la política. En *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós Ibérica.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (2002). ¿Cómo hacerse un cuerpo sin órganos?. En *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-Textos.
- Edelman, Lee (2014). El futuro es cosa de niños. En *No al futuro. La teoría queer y la pulsión de muerte*. Madrid, Egales.
- Jameson, Fredric (2014). El placer: un asunto político. En *Las ideologías de la teoría*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Lemebel, Pedro (2000). *Loco afán. Crónicas de sidario*. Barcelona, Anagrama.
- (2004). *La esquina es mi corazón*. Chile, Seix Barral.
- Preciado, Beatriz (2002). *Manifiesto Contra-sexual*. Madrid, Opera Prima.